

# SERENIDAD ESTOICA

El sabio busca la amistad desinteresada, pero no la necesita

Deseas saber si Epicuro critica con razón en cierta epístola a quienes afirman que el sabio se basta a sí mismo y que en consecuencia no tiene necesidad de amigos [259]. Esta objeción se la hace Epicuro a Estilpón [260] y a aquellos que han considerado que tener un ánimo impassible constituye el bien supremo.

Forzoso sería incurrir en ambigüedad si quisiéramos traducir precipitadamente «apátheia» con un solo vocablo y traducirlo por «impaciencia», ya que podría entenderse lo contrario de lo que queremos expresar. Nosotros queremos indicar la cualidad del que se hace insensible a todo mal; pero se entenderá la de quien no puede soportar ningún mal. Veas, por lo tanto, si no sería preferible hablar de un alma invulnerable o situada por encima de toda pasibilidad.

Ésta es la diferencia entre nosotros y aquéllos [261]: nuestro sabio supera sin duda toda molestia, pero la siente; el de aquéllos ni siquiera la siente. Ellos y nosotros coincidimos en esto: en que el sabio se basta a sí mismo. Con todo, el nuestro quiere tener también un amigo, a la par vecino y camarada, aunque él se baste a nivel personal.

Considera en qué medida se basta a sí mismo: algunas veces se contenta con una parte de sí. En el caso de que la enfermedad o el enemigo le cortaren la mano, en el caso de que la desgracia le arrancare uno o ambos ojos, la parte que le quede le satisfará y estará tan alegre con el cuerpo mutilado y amputado como lo estuvo con el cuerpo íntegro; pero, aunque no desea los miembros que le faltan, con todo prefiere que no le falten.

De este modo el sabio se basta a sí mismo, no porque desee estar sin un amigo, sino porque puede estarlo. Y decir «puede» significa que soporta haberlo perdido con ánimo sereno. Por supuesto nunca estará sin un amigo: tiene en su poder sustituirlo cuanto antes. De la misma manera que si Fidias perdiera una estatua al punto modelaría otra, así el sabio, experto en conseguir amistades, encontrará otro amigo en sustitución del que perdió.

¿Quieres saber cómo conseguirá presto al amigo? Te lo diré si acuerdas conmigo que te pague al instante la deuda y que arreglemos las cuentas por lo que atañe a esta epístola.

Dice Hecatón: «Yo te descubriré un modo de provocar el amor sin filtro mágico, sin hierbas, sin ensalmos de hechicera alguna: si quieres ser amado, ama»[262]. En efecto, no sólo causa gran placer el cultivo de una amistad vieja y sólida, sino también el inicio y consecución de la nueva.

La diferencia que existe entre el agricultor que cosecha y el que siembra es la misma que existe entre quien se procuró un amigo y quien se lo está procurando. El filósofo Átalo [263] solía decir que era más grato granjearse una amistad que retenerla, «al igual que es más grato al artista estar pintando que haber pintado». El afán del que está empeñado en su trabajo le procura un gran deleite en medio de su actividad: no se deleita por igual quien aparta la mano una vez consumada la obra. En ese momento goza del fruto de su arte, cuando pintaba gozaba del propio arte. La adolescencia en los hijos resulta más fecunda, pero la infancia más dulce.

# SERENIDAD ESTOICA

Volvamos ahora a la cuestión. El sabio, por más que se baste a sí mismo, quiere, no obstante, tener un amigo, aunque no sea más que para ejercitar la amistad a fin de que tan gran virtud no quede inactiva; no por la finalidad que señalaba Epicuro en la mencionada epístola, «para tener quien le asista cuando esté enfermo, le socorra metido en la cárcel o indigente»[264], sino para tener a quien él pueda asistir, si está enfermo, a quien pueda liberar, si es apresado por la guardia del enemigo. El que mira hacia sí mismo y con esa disposición llega a la amistad, discurre mal. Como empezó, así terminará: se procuró un amigo que le pudiese ayudar a eludir la cárcel; al primer crujido de las cadenas, desaparecerá.

Éstas son las amistades que la gente llama oportunistas: quien ha sido escogido por razones de utilidad agradecerá no más tiempo del que fuere útil. Por este motivo, a los de próspera fortuna les acosa una multitud de amigos, a los arruinados les acompaña la soledad: los amigos escapan de la situación que les pone a prueba; por este motivo se producen todos esos funestos ejemplos de unos que abandonan por miedo, de otros que por miedo traicionan. Es necesario que principio y fin concuerden entre sí: quien comienza a ser amigo por interés, también por interés dejará de serlo; le satisfará una recompensa cualquiera contraria a la amistad, si es que existe alguna en la amistad que satisfaga más que ella.

«¿Para qué te procuras un amigo?». Para tener por quién poder morir, para tener a quién acompañar al destierro, oponiéndome a su muerte y sacrificándome por él [265] . Lo que tú me escribes es negocio, no amistad, ya que busca su conveniencia y atiende al provecho que ha de conseguir.

Sin duda tiene alguna semejanza con la amistad el afecto de los enamorados; podríamos definirlo como una locura en la amistad. Porque ¿acaso hay alguien que ame por una ganancia?, ¿acaso por ambición o por gloria? Es el mismo amor el que, por su propio impulso, menospreciando todo lo demás, enardece los ánimos con el deseo de la belleza, no sin esperanza de correspondencia en la mutua estima. ¿Entonces, qué? ¿Una causa más honesta produce un torpe afecto?

Replicas: «Ahora no tratamos la cuestión de si la amistad debe buscarse por sí misma». Por el contrario, nada mejor habría que demostrar; porque si debe procurarse por sí misma puede acercarse a ella quien esté satisfecho consigo mismo. «¿Cómo, pues, se acercará?». Como a una realidad bellísima, sin verse atraído por una ganancia, ni amedrentado por la mudanza de la fortuna. Despoja a la amistad de su grandeza quien la procura para las situaciones favorables.

«El sabio se contenta consigo mismo». Esta proposición, querido Lucilio, muchos la interpretan erróneamente: excluyen al sabio de todas partes y le fuerzan a encerrarse en su caparazón. Pero hay que precisar qué sentido encierra esta frase y hasta qué punto es válida; el sabio se contenta consigo mismo para vivir felizmente, no para vivir; porque para vivir precisa de muchos recursos, para vivir felizmente sólo de un alma sana, noble y que desdeñe la fortuna.

# SERENIDAD ESTOICA

Quiero también señalarte la distinción de Crisipo. Dice que el sabio no carece de nada y que, no obstante, tiene necesidad de muchas cosas, «por el contrario el necio no tiene necesidad alguna (porque de nada sabe hacer uso), pero carece de todo»[266]. El sabio precisa de las manos, de los ojos y de muchos bienes indispensables para el uso cotidiano, pero no carece de nada porque carecer supone necesidad, y para el sabio nada hay necesario.

Así, pues, aunque el sabio se contente consigo mismo, is precisa de amigos; de éstos desea tener el mayor número, no para vivir felizmente, puesto que también vivirá feliz sin amigos. El bien supremo no busca equipamiento del exterior, se cultiva en la intimidad, procede enteramente de sí mismo. Comienza a estar subordinado a la fortuna, si busca fuera alguna parte de sí.

«Con todo, ¿cuál ha de ser la vida del sabio, si queda sin amigos, metido en prisión, o abandonado entre gente extraña, o detenido en una larga travesía, o arrojado a una playa desierta?». Cual es la de Júpiter, cuando destruido el mundo, confundidos los dioses en uno, quedando poco a poco inactiva la naturaleza, se recoge en sí mismo entregado a sus pensamientos [267]. Algo similar hace el sabio: se concentra en sí mismo, vive para sí.

Mientras puede ordenar los asuntos a su gusto, se contenta consigo mismo y toma esposa; se contenta consigo mismo y engendra hijos; se contenta consigo mismo y, en cambio, no viviría si tuviera que hacerlo sin sus semejantes. A la amistad no le empuja provecho alguno propio, sino un impulso natural, pues como en otras cosas experimentamos un instintivo placer, así también en la amistad. Como existe la aversión a la soledad y la propensión a la vida social, como la naturaleza une a los hombres entre sí, así también para este sentimiento existe un estímulo que nos hace deseosos de amistad.

No obstante, aunque sea muy afectuoso con los amigos, aunque los equipare a sí y a menudo los prefiera, el sabio delimitará todo bien en su interior y dirá lo que dijo aquel Estilpón, al que Epicuro ataca en su carta. A él, en efecto, estando sometida su patria, perdidos los hijos, perdida su esposa, mientras escapaba del incendio total solo y, pese a todo, feliz, Demetrio, llamado Poliorcetes por sus asedios a las ciudades, le preguntaba si había perdido alguna cosa, a lo cual respondió: «Todos mis bienes están conmigo»

¡He ahí al hombre fuerte y valeroso! Superó la propia victoria del enemigo. Dijo: «Nada he perdido»; obligó a aquél a dudar de su victoria. «Todos mis bienes están conmigo»: justicia, valor, prudencia, la misma disposición a no considerar como un bien nada que se nos pueda arrebatar. Admiramos a ciertos animales que pasan por medio del fuego sin daño corporal. ¡Cuánto más admirable este hombre que a través del hierro, de las ruinas, de las llamas salió ileso e indemne! ¿Ves cuánto más fácil resulta vencer a todo un pueblo que a un solo hombre? Esta sentencia coincide con la del sabio estoico: también éste lleva por igual sus bienes intactos a través de ciudades incendiadas, ya que él se contenta consigo mismo; a este límite circunscribe su felicidad.

# SERENIDAD ESTOICA

No creas que somos nosotros los únicos en proferir nobles sentencias: el propio Epicuro, censor de Estilpón, pronunció una frase semejante a la de éste, que debes tomar en buena cuenta, aunque ya pagué lo suyo a este día. Dice así: «A quien sus bienes no le parecen muy cuantiosos, aun siendo dueño de todo el mundo, ése es un desgraciado»[269]. O, si te parece, expresémoslo mejor de esta forma (pues hemos de proceder de manera que atendamos no a las palabras, sino al sentido): «Es desgraciado quien no se considera felicísimo, aunque señoree al mundo».

Mas para que te convenzas de que estas verdades son de sentido común, evidentemente dictadas por la naturaleza, se puede leer esto en un poeta cómico: No es feliz quien no piensa que lo es.

¿Qué te importa cuál sea, en realidad, tu situación, si a ti te parece mala?

«¿Entonces, qué?», argüirás, «si se proclamase a sí mismo feliz aquel rico deshonesto y aquel señor de muchos, pero esclavo de la mayoría, ¿resultará ser feliz por su propia decisión?». No importa lo que diga, sino lo que sienta, ni lo que sienta un día, sino lo que sienta siempre. Mas no hay por qué temer que un bien tanpreciado llegue a manos de un indigno; sólo al sabio complacen sus bienes. Toda necedad sufre por hastío de sí misma.